

EUGENIO FERNÁNDEZ MÉNDEZ,

*Catedrático Auxiliar de Ciencias Sociales,
Universidad de Puerto Rico.*

LA FAMILIA PUERTORRIQUEÑA DE HOY: COMO LA VE EL ANTROPÓLOGO SOCIAL

Conferencia dictada ante la matrícula del
Instituto Puertorriqueño de Relaciones de la
Familia, el 16 de octubre de 1954.

I. *La ciencia y los valores*

El gran pensador y sociólogo alemán Max Weber, en su clásico ensayo *La ciencia como vocación*, afirma que el sociólogo o el antropólogo, como hombres de ciencia, no están adecuadamente preparados para bregar con el problema de los valores, el cual deben dejar prudentemente en manos del filósofo o del moralista. Empero, el hombre, como miembro de una determinada sociedad de hombres libres, no puede escapar, esté o no consciente de ello, el imperativo de hacerse una filosofía, un sistema de convicciones y valores—de propósitos—que orienten su conducta y le permitan vivir. La conducta del ser

humano, toda elección o acto libre, presupone una definición de la situación frente a la cual, o desde la cual, se actúa. Lo importante, en consecuencia, al hacer el hombre decisiones libres será, para que la actuación logre lo que se propone, que esté fundada en conocimientos de los hechos reales y no en preconcepciones o prejuicios; es decir, que sea una definición racional o científica y no pre-racional. La ciencia y la filosofía, pues, al depender una de la otra para ponerse en contacto con la realidad desde una perspectiva adecuada, deben marchar *pari passu*.

Hacemos esta aclaración porque esta Asamblea del Instituto de Relaciones de la Familia ha expresado en su convocatoria que estará dedicada al planteamiento de dos cuestiones vitales: la primera: "¿Cómo queremos que sea la familia puertorriqueña?", y la segunda: "¿Cómo preparar a las nuevas generaciones para el matrimonio y la paternidad?". El claro intento de formular un sistema de valores, con arreglo a los cuales educar a los individuos integrantes de la familia puertorriqueña del futuro, presupone un conocimiento de la familia puertorriqueña de hoy, en sus distintos tipos, así como de la dirección en que cambia su estructura. Es sólo conocimiento lo que puede ofrecer la ciencia. Los propósitos en la vida se hacen, no se encuentran, ha dicho con toda solemnidad Julian Huxley.

Al hacer este breve planteamiento sobre la familia puertorriqueña de hoy, queremos indicar que trataremos de comunicarles el punto de vista de un hombre de ciencia, un antropólogo, y una parte bastante fragmentaria de los conocimientos que han adquirido las ciencias sociales, la antropología y la sociología particularmente, sobre la familia puertorriqueña.

II. *La familia puertorriqueña en las subculturas de la sociedad puertorriqueña*

Puerto Rico afronta hoy una serie de problemas básicos, al entendimiento de los cuales se ha dedicado el programa de

estudios del Centro de Investigaciones Sociales de la Universidad de Puerto Rico. Esos problemas básicos se han clasificado, a los fines de facilitar su estudio, en cinco grandes categorías:

- a) Problemas relativos a la presión poblacional.
- b) Problemas relativos a la industrialización.
- c) Problemas relativos a la distribución de los beneficios económicos en la sociedad puertorriqueña.
- d) Problemas relativos al contacto e interpenetración de culturas.
- e) Problemas relativos a las relaciones federales de Puerto Rico con los Estados Unidos.

Los estudios que se han hecho en el Centro de Investigaciones Sociales sobre la familia puertorriqueña han sido concebidos de manera que encajen en esta perspectiva global, y tienen consiguientemente inmediata relación con los tres primeros problemas arriba mencionados. No obstante, dichos estudios se han concebido con ancha visión y contienen un gran caudal de información aprovechable, que se encuentra a la disposición de psicólogos, sociólogos, antropólogos y otras personas interesadas en el destino de la familia puertorriqueña.

Como antropólogo profesional, preocupado por entender los sutiles entrelazamientos de las estructuras sociológicas o los aspectos formales de las relaciones humanas, creemos que es condición necesaria de un enfoque adecuado estudiar siempre la familia puertorriqueña en el contexto funcional de su cultura. A tono con esta afirmación es pertinente aclarar que, si bien la cultura puertorriqueña presenta un plexo de instituciones que la integran en el nivel insular, tales como religiones, instituciones del Gobierno Estatal, Uniones Obreras que tienen filiales en cada localidad, etcétera, dándole cierta unidad característica, sin embargo, no presenta dicha cultura un cuadro homogéneo, ya que se dan en ella (internamente) subculturas regionales o variantes de clase que la afectan profundamente. Es importante que tengamos esto presente al hacer las consideraciones que siguen.

Para hacer un enfoque adecuado de la familia puertorriqueña de hoy será preciso entender también que la entidad socio-cultural de la cual esa familia es una institución básica, no sólo carece de homogeneidad, sino que está cambiando más o menos rápidamente, de modo continuo, en determinada dirección: de sociedad tradicional y agraria que era, a sociedad moderna industrial que aspira a ser. Para entender nuestra familia como institución básica que es, hay que verla en el doble contexto de una sociedad heterogénea y estratificada, que cambia rápidamente. Ésta será nuestra primera consideración fundamental.

Los antropólogos y sociólogos nos revelan en sus estudios de la familia puertorriqueña que, si bien es cierto que hay ciertas constantes culturales en los valores de ésta, aun cuando ella está sometida al cambio (en tanto que esos valores reflejan la antecedente y prevalente situación de capitalismo agrario típica de nuestra sociedad rural), no obstante, la familia puertorriqueña no es homogénea. Cuando menos, hay de ella dos tipos básicos dominantes, a saber: la familia rural y la familia urbana, cada una a su vez dividida en subculturas, variantes o subtipos. Cabe aquí hacer la observación de que los tipos primarios, rurales y urbanos, en las subculturas de las clases campesinas y obreras de Puerto Rico, no aparecen todavía —como es el caso en sociedades altamente industrializadas— tan nítidamente deslindadas. Esto es así porque —como se indicará más adelante— la emigración de la población campesina a la ciudad es algo tan reciente que hace permanezca vigente aún la vida rural en la población de los arrabales urbanos.

Del primer tipo de familia apuntado, consideremos en primer lugar las familias urbanas de las clases altas y medias, las cuales corresponden ligeramente y tienden a aproximarse de modo cada vez más resuelto, en las grandes ciudades de Puerto Rico, al tipo de familia característico de las sociedades industriales modernas. La familia típica de la sociedad industrial moderna es una familia pequeña, formada por la pareja conyugal y sus pocos hijos. Sin embargo, en Puerto Rico todavía

se mueven estas familias de las clases altas o medias, entre un sistema de valores —“familismo”— que tiene evidentes rasgos de una herencia rural no muy lejana y todavía operante. Así, aunque frecuentemente la fertilidad decrece en estas familias según aumenta el ingreso, el tamaño del hogar en términos del número de parientes aumenta. Este fenómeno, como es obvio, está en relación con la especial presión poblacional característica de la sociedad puertorriqueña.

En los países altamente industrializados, las funciones que asociamos típicamente con la familia de los países rurales han sido incorporadas, por remplazo, a un sistema institucional complejo y urbano: restaurantes, cafeterías, escuelas de párvulos, farmacias y médicos, clínicas y hospitales de maternidad, etcétera. Todo esto va acompañado por un alto nivel de aspiraciones y por una aguda conciencia social, en los miembros de estas familias, de lo que entraña la paternidad responsable. En Puerto Rico, como antes hemos sugerido, el cuadro agrario de la sociedad en general, y la agobiante pobreza de un buen sector de la población pesan en contra de la plena manifestación de este patrón familiar característico de los países modernos. Los valores operantes del familismo, característicos aún en la familia puertorriqueña, proveen una válvula de escape a la presión de la fertilidad de las familias pobres.

Debajo del nivel subcultural de la familia de clases altas, en nuestro medio urbano existe la familia de las clases medias que imitan en nuestra especial economía de prestigio los usos y las prácticas de ostentación de las clases altas, y que comparten, curiosamente en conflicto con sus anteriores aspiraciones, los valores familiares típicos de nuestra herencia cultural de capitalismo agrario. Dicho esto en otras palabras, comparten los valores familiares expresados en el *culto del machismo* y el *culto de la virginidad*, típicos de la familia de una sociedad de capitalismo agrario y de herencia cultural hispano-católica.

Finalmente, tenemos las grandes masas del proletariado urbano, que en Puerto Rico presentan —esto no creemos que haya sido destacado o visto en todo su alcance— características tí-

picas, no de la mentalidad del obrero industrial como podría esperarse, sino de una masa rural y semicampesina que ha traído consigo al emigrar a la ciudad gran parte de su previa herencia social o subcultura rural. El folklorista chileno Pablo Garrido apuntaba, con buen juicio, que quien pretenda recoger en Puerto Rico el folklore que sobrevive, puede ahorrarse quizá el ir al campo, ya que en los arrabales urbanos de las grandes ciudades consigue buena parte de ese acervo. En segundo lugar, tenemos en la zona rural de Puerto Rico tres grandes subculturas regionales a las cuales corresponde históricamente, desde comienzos del siglo 20 cuando menos, una especial y dominante adaptación económica: caña, café y tabaco. A cada una de estas subculturas regionales de Puerto Rico corresponden modos de explotación económica diversos, sistemas distintos de tenencia de la tierra, valores, ideas, prácticas religiosas, sociales, estructuras de la familia, etcétera, consonantes con ese modo de vida y explotación económica básica.

La joven profesora norteamericana Katheleen Wolf ha escrito un importante artículo en que describe las diversas estructuras familiares que corresponden a estas distintas subculturas, a la vez que expone las consecuencias que tiene para el niño crecer y formar su personalidad en el seno de dichas familias.¹ Señala la profesora Wolf que, al variar la estructura de la familia de modo correspondiente a las exigencias de la subcultura regional, varían también las normas ideales de conducta con arreglo a las cuales se educa al niño. La personalidad infantil, pues, se modela en las familias de estas subculturas regionales de acuerdo con normas ideales consideradas deseables, dadas las condiciones especiales del medio ecológico-cultural. El vehículo institucional de tal educación es la familia, que responde en su estructura y funcionamiento en cada caso a las especiales necesidades del modo de producción dominante.

Así, en el pueblo de "Manicaboa", un pueblo tabacalero de Puerto Rico, formado principalmente por grupos de pequeños

¹ Katheleen Wolf, "Growing up: its price in three Puerto Rican subcultures", *Psychiatry*, Vol. XV, No. 4, Nov. 1952, pp. 401-34.

propietarios rurales, la principal aspiración de cada agricultor es el mantenimiento de la independencia económica de la familia. Este fin lo pueden lograr estos pequeños agricultores haciendo uso exclusivo del trabajo familiar y restringiendo, en ocasiones severamente, el consumo de alimentos, bienes y servicios. El control del trabajo y de los recursos de la familia, el cultivo de la tierra, la venta del producto cosechado —tabaco—, la administración de los ingresos, etcétera, están a cargo del padre a cuyos deseos deben someterse, para preservar la unidad de la familia, la mujer y los hijos. Los niños se identifican desde temprana edad con el papel que sus padres les inculcan y que habrán de desempeñar desde bien temprano en la familia. Deben aprender a posponer satisfacciones tales como el matrimonio, el uso de la comida y la agresión (pues no deben enemistar a las familias vecinas cuyo apoyo y trabajo puede ser necesario al padre), poniendo siempre en primer plano, el valor de la unidad económica de la familia. El precio que pagan estas criaturas, al formarse su personalidad en el cuadro de esta familia de pequeños agricultores, es la atrofia del sentido de independencia individual.

Otro ejemplo contrastante de un cuadro familiar típico nos los ofrecen las familias del barrio “Poyal”, de la zona o subcultura azucarera del sur. Esta familia proletarizada, vive exclusivamente del jornal que gana el padre y de ocasionales aportaciones de la madre. La unidad económica básica de esta zona es la gran empresa azucarera o factoría central, con su correspondiente grupo de trabajadores asalariados. Aquí la familia educa al hombre en un sistema de valores distinto del que prevalece en la familia de los pequeños agricultores que antes hemos descrito. Se enseña al hombre a “aguantar el trabajo duro”. Se le inculca también, no siempre conscientemente, a ser “buen compañero de clase”. La hostilidad encuentra aquí generalmente un cauce abierto hacia las clases patronales, mientras la identificación horizontal con otros miembros del grupo, se halla reforzada por la existencia de sectas religiosas.

Los lazos familiares son en esta familia mucho más débiles. La ruptura del matrimonio ocurre frecuentemente. Las

uniones matrimoniales son con frecuencia libres y en muchos casos cuando el marido pierde su trabajo o se ve obligado a emigrar, la mujer permanece con sus padres. Los hijos en esta estructura familiar no realizan función económicamente útil, contrario a lo que ocurre en el caso anterior de la familia de pequeños agricultores. Los hijos improductivos son un peso en la familia hasta que logran convertirse en jornaleros independientes. Su falta de valor económico hace que el niño sea indeseado por los padres, y es frecuente la donación y adopción de hijos dentro del sistema de compadres de esta zona a la primera. Mientras crece, el niño goza de amplias libertades y en todas las casas del barrio se le trata como en la propia, lo que le da una amplia sensación de seguridad dentro de la subcultura de su clase. La agresividad que nace de la frustración al verse rechazado por los padres se convierte en rebeldía contra éstos, mientras que los lazos horizontales con hermanos y compadres mantienen viva una solidaridad de clase.

Estos dos ejemplos contrastantes ilustran las variaciones que se dan en la institución de la familia de la sociedad de Puerto Rico, cuando pasamos de una subcultura regional a otra, es decir, de la subcultura regional del tabaco, representada por familias de pequeños agricultores independientes, a la zona azucarera, tipificada por la familia rural y proletaria.

También varía la estructura y el funcionamiento de la familia cuando pasamos de una subcultura de clase a otra. Así, en la familia de clase media de pueblos más o menos grandes, la mujer goza generalmente de mayor independencia económica que entre las clases bajas. El ideal aquí es identificarse con las clases superiores. Los valores dominantes son vivir sin trabajar o conseguir un trabajo permanente que represente poco esfuerzo. El trabajar mucho es deshonroso. Siendo éstos los valores dominantes, los miembros de esta familia rechazan identificarse con las clases inferiores. El matrimonio y los hijos, en tanto representan cargas económicas, son vistos por el varón como un peligro. Es típico de esta clase media la frase festiva de "cometer matrimonio". Para el hombre de clase media se

comete matrimonio como se comete un crimen. La mujer frecuentemente debe contribuir al sostenimiento del hogar. Se prefiere un número pequeño de hijos y, en contraste con las anteriores subculturas, el niño crece en esta familia sin conexión alguna con la actividades que tendrá que realizar en la vida adulta, restringido en su libertad por una madre que le presta exagerada protección creándole con ello un fuerte sentimiento de dependencia. La madre tiene en la crianza de sus hijos gratificaciones narcisistas al lograr que le admiren la prestancia y robustez del niño. La escuela y la universidad capacitan al niño para seguir perteneciendo a la clase media. Como resultado de la especial educación que recibe, el niño se identifica con un *status*, y hará todo lo que está en su poder para conservarlo o mejorarlo. La ostentación e imitación de las clases altas serán para él el camino del prestigio. Puesto que el varón en esta familia no está totalmente emancipado del sistema rural de valores que representan el culto de la virginidad y el culto del machismo, la emancipación económica de la mujer traerá consigo conflictos internos en la esfera de relaciones del hombre y la mujer. Con estos ejemplos vemos que la familia de Puerto Rico hoy no es una institución homogénea, ni estática, sino que responde en su estructura y funcionamiento a las diversas subculturas regionales del ámbito rural y a las subculturas de clase, tanto de la zona rural como de la urbana. De igual modo responde la familia puertorriqueña de hoy a las fuerzas del cambio histórico que producen el remplazo de las funciones características de la familia rural por el orden institucional nuevo de la vida de la sociedad urbana.

III. *La familia puertorriqueña más numerosa y la población de Puerto Rico*

De todos los tipos secundarios de la familia puertorriqueña, el mejor conocido, por ser el más intensamente estudiado, es el de la clase proletaria de la zona rural y urbana. Esta familia ha llamado poderosamente la atención de los sociólogos

en Puerto Rico por varias razones: primero, porque es la más numerosa. Consideremos los siguientes datos significativos. De aproximadamente cuatrocientas mil familias que existen hoy en Puerto Rico, unas tres cuartas partes de ellas tenían un ingreso menor de \$1,000 al año en 1948. Casi la mitad del total de las familias tenía entonces menos de \$55 por persona, por año, para atender todas sus necesidades, lo cual no alcanza ni siquiera para proveer una dieta mínima adecuada. Segundo, ha llamado la atención esta familia, porque, teniendo ingresos tan bajos, su índice de fertilidad es extremadamente alto. De esto se desprende la conclusión de que el problema de población de Puerto Rico está íntimamente ligado con la especial estructura y funcionamiento de esta familia. El Centro de Investigaciones Sociales de la Universidad de Puerto Rico, interesado en conocer las razones por las cuales esta familia era la de más altos índices de fertilidad, encomendó al sociólogo norteamericano Joseph Stycos un estudio que proveyera: a) Una descripción de la estructura y del funcionamiento de la familia puertorriqueña de las clases pobres, identificada como la responsable de los altos índices de fertilidad de la población puertorriqueña. b) Hipótesis que relacionaran la estructura de dicha familia con la dinámica de la fertilidad de la población.

Antes de exponer los resultados de la investigación del Profesor Stycos, conviene hacer un recuento de la información conocida sobre la dinámica del crecimiento poblacional.

Hace 50 años Puerto Rico era una sociedad preponderantemente rural, que se caracterizaba por una economía de capitalismo agrario, donde la unidad productiva básica era la hacienda azucarera o cafetalera; las primeras en el litoral y las segundas en el espinazo de la cordillera central de Puerto Rico. Lado a lado de esta economía de haciendas, y especialmente en el centro montañoso de la Isla, vivía una masa campesina de pequeños propietarios que producían para la subsistencia y en parte, sólo en parte, para el mercado mundial. Esta sociedad campesina presentaba en su estructura muchos de los rasgos de

una sociedad folk;² sin embargo, no era propiamente una sociedad folk, sino más bien una sociedad campesina típicamente pre-industrial. Es hoy bien sabido por antropólogos que han hecho estudios sobre culturas campesinas que, en general, el sistema de producción de subsistencia en tales casos está estrechamente ligado a formas de cooperación íntima entre los miembros de la típica familia extensa. El grupo residencial y de trabajo es frecuentemente mayor en estas sociedades que la simple familia conyugal. Puede tener, como es generalmente el caso, la forma de una familia extensa de varias generaciones y de amplios lazos colaterales. Tales grandes unidades de parentesco, identificadas por las funciones productivas que cumplen, son extremadamente comunes. Con la característica cooperación integral en materia económica que las identifica, normalmente hallamos también un tipo especial de vida social y ceremonial, que otorga al matrimonio, a los ritos funerarios, a las fiestas y bailes, a las prácticas mágicas y religiosas, a la música, a la escultura y otras actividades artísticas, su característico sabor folklórico.

Esta era a grandes rasgos la situación de la sociedad *jibara* —puertorriqueña— a comienzos del siglo xx. La fertilidad de dicha familia campesina de pequeños agricultores, o de la clase dependiente de los *agregados* en las haciendas, era elevada, pero, también era alta la mortalidad, manteniéndose estable la economía biológica.

Después de 1898 y como consecuencia del advenimiento de la revolución político-económica que introduce la central azucarera y cierra el mercado al café, se produce un resquebrajamiento del viejo orden institucional de la sociedad, que empieza a cambiar con rapidez.³ La vieja hacienda azucarera es remplazada por la factoría central y por el nuevo sistema de plantaciones. Las tierras se concentran en el litoral, mientras

² La sociedad *folk* ha sido definida como tipo sociológico básico por el antropólogo norteamericano Robert Redfield. Como rasgos característicos de la misma, señala Redfield el aislamiento geográfico y cultural, la homogeneidad de los patrones culturales y la importancia de la familia y de las sanciones sagradas de las instituciones.

³ En esta fecha y como consecuencia de la Guerra Hispanoamericana, Puerto Rico pasó a ser una posesión del pueblo industrial de los Estados Unidos.

el cafetal en crisis se despuebla, arrojando brazos al litoral cañero. El pequeño productor campesino se ve obligado en la zona centro-oriental a convertir su producción (café por tabaco) o, seducido por los altos precios, vende las tierras. Como parte del nuevo orden industrial-agrario se introducen nuevos métodos de ingeniería sanitaria y medicina. El índice de mortalidad baja vertiginosamente mientras los índices de natalidad permanecen constantes.

En todas las llamadas "áreas atrasadas" del mundo, en las que el industrialismo occidental ha dejado sentir sus efectos, el aumento en la mecanización y el adelanto técnico en los medios de transporte y producción han significado un cambio radical en los patrones culturales y un resquebrajamiento de las relaciones ecológico-culturales que antiguamente prevalecían. De la original situación de relativa estabilidad y aislamiento, las nuevas comunidades rurales han pasado a formar parte de un mundo altamente dinámico e interdependiente. La producción industrial, el mercado y la vida urbana son las tres fuerzas determinantes del cambio.

Como consecuencia de esta transformación, la familia campesina o jíbara sufre cambios notables. En la zona centro-oriental de la Isla, antes zona cafetalera, se reduce, con la introducción de nuevo capital corporativo en la industria tabacalera, el número de pequeños propietarios y ocurre, como secuela, un ligero desplazamiento de familias hacia las ciudades o el litoral. No obstante, el pequeño productor, que aprecia la independencia económica, resiste la presión de los altos precios de la tierra y sobrevive, ayudado por el sistema de crédito refaccionario que no siempre le favorece. Por otra parte, en la zona centro-occidental de la Isla, las haciendas de café tienen que aumentar su tamaño e intensificar su producción para poder sobrevivir. A tal efecto desplazan al pequeño productor que, no hallándose en condiciones de resistir la competencia, desaparece al vender sus propiedades, o vive precariamente ayudándose con el producto del trabajo asalariado que consigue en la hacienda.

La población de las ciudades, como es lógico, crece. También crece la población proletaria en torno al central azucarero

formándose la característica unidad productiva de *factoría central, comunidad proletaria y plantaciones*.

Los primeros treinta años de la historia de Puerto Rico bastan para que se consume la mayor parte de este primer ciclo de profundas transformaciones culturales. Según mejora la técnica de producción en la zona cañera y según se altera el balance biológico de la población, comienzan a sobrar brazos. Este problema se agudiza de manera sorprendente y hace crisis con la depresión de 1929.

Para aliviar la presión poblacional se hace necesario:

- a) Llevar a cabo una reforma agraria (ley de 500 acres) y desarrollar un programa agrícola.
- b) Industrializar.
- c) Alterar el balance de la natalidad-mortalidad, reduciendo la primera.
- d) Fomentar la emigración.

Para controlar la espiral de la población es necesario entender la estructura, el funcionamiento, los valores, etcétera, de la familia proletarizada de las zonas rurales, que es la principal responsable del rápido crecimiento de la espiral poblacional.

El Profesor Joseph Stycos encuentra que la estructura de dicha familia está dominada por un doble y complementario sistema de valores: *culto de la virginidad y culto del machismo*. Cerrados como están para el hombre de esta clase los caminos del prestigio económico, político y cultural, el hombre opta por afirmarse en su virilidad.

La afirmación machista resultante, de una previa situación adicional en que la educación del niño está a cargo de la madre, significa: a) que los patrones de conducta para el hombre y la mujer son distintos en la familia; b) que el hombre, como figura dominante debe afirmar su machismo, demostrando su virilidad constantemente: una manera de lograrlo es trascender el matrimonio en materia sexual (lo que confirma el insaciable apetito

sexual que con arreglo al sistema prevaleciente de valores motiva al varón); y c) que el hombre domina la conducta sexual y la mujer debe aceptar pasivamente el dominio masculino, de lo que resulta el característico sistema moral del "embudo".

Dado todo ese complejo sistema estructural, de relaciones y valores, resulta que el varón confirma su machismo y satisface su compulsiva necesidad de dominio, con cada hijo que le da la mujer. La mujer, por contraste, criada en ignorancia y aislamiento de todo lo sexual, contaminante y misterioso para ella, siente una sola necesidad compulsiva: probar que no es machorra. El hijo tiene para ella ese único valor de proeza. Por eso una vez que tiene uno, cesa de operar la compulsión de tener otros, ya que sucesivamente significarían para ella nuevas responsabilidades y trabajos, puesto que la tarea de cuidar a los hijos como es lógico, corresponde a la mujer. Este conflicto de actitudes entre el varón y la mujer, conduce frecuentemente en esta familia a la ruptura de la unión matrimonial que no siempre ha sido sancionada legal o religiosamente. La mayor parte de los matrimonios son monógamos en esta subcultura de clase. A pesar de la preferencia verbalmente expresada por el matrimonio legal, una cuarta parte de los matrimonios son consensuales. Estos matrimonios consensuales, al atar menos a la mujer, le dan un cierto poder de regateo que la protege frente al afán de dominio del hombre.

Puesto que la sociedad de Puerto Rico está sufriendo cambios y la familia puertorriqueña rural y proletaria se ve influida por esos cambios, debemos suponer que los ideales de la familia, en cuanto al número deseado de hijos, están sufriendo cambios. En 1898 sólo 14.5 por ciento de la población insular era urbana. En 1940, 30 por ciento de la población vive en las ciudades. Que estos cambios han empezado a afectar las actitudes nos lo revela el hecho de que la actitud del jíbaro era antes esperar "todos los hijos que Dios mande". Ahora, su ideal es tener 3 hijos, como revelan los estudios intensivos del Dr. Paul K. Hatt.⁴ A pesar de tales cambios ideológicos que han

⁴ Paul K. Hatt, *Backgrounds of Human Fertility in Puerto Rico, A Sociological Survey*, Princeton University Press, 1952.

empezado a operarse, el tamaño real de las familias ~~no~~ se ha alterado de modo notable.

El culto machista, como sistema de valores de la familia puertorriqueña, es algo que comparten con ligeras modificaciones las familias de clase media e incluso las clases altas de ciudades medias de nuestra Isla. Es además una pauta cultural ideal que va unida a una serie de pautas complementarias, entre ellas el *chaperonaje*, o los valores del culto de la virginidad. El culto de la virginidad es reforzado en Puerto Rico de una manera indirecta y subconsciente por la tradición religiosa.

En la familia puertorriqueña de todas las clases, pero especialmente de aquellas en que la mujer no encuentra manera de romper el viejo sistema de división del trabajo, el culto de la virginidad va acompañado de severas limitaciones a la libertad de la mujer, lo cual tiende a mantener el dominio masculino de las actividades económicas y políticas. Este arreglo es típico, según nuestra persuasión, de sociedades de capitalismo agrario, en las cuales se da también una economía de prestigio y una herencia religiosa católica. El culto de la virginidad, como una de las bases estructurales de la familia rural puertorriqueña, no es un fenómeno aislado, sino más bien parte de un complejo cultural en que las varias partes existen en función de las restantes formando una configuración.

Hemos señalado que el culto de la virginidad es la contraparte del culto del machismo. Existe en este sistema una doble moralidad, que garantiza al hombre un gran número de libertades al mismo tiempo que recluye a la mujer en un sistema de fuertes restricciones.

Al formar parte este sistema doble de moralidad de una economía de prestigio ocurre que el sexo se define como un modo adicional a través del cual los varones pueden expresar su poder en competencia con otros hombres. La competencia por el prestigio abarca, no tan sólo el consumo ostensible de riqueza o de ocio, sino asimismo los aspectos internos y externos de la vida sexual de la familia.

Es necesario apuntar en este análisis que una sociedad dominada por un sistema de doble moralidad en las relaciones de hombre y mujer hace distinción valorativa entre los sexos. Así generalmente y respondiendo a tales distinciones valorativas, el hombre desea preferentemente el nacimiento de un varón. El nacimiento de una niña convierte al padre en objeto de burla ("chancletero") y puede constituir también una seria decepción para el padre. Consecuencia también de este sistema de moralidad es la compulsión sexual casi insaciable que siente el varón, quien, una vez hecha una conquista, puede perder interés en ella. De ahí las frases características de los valores del sistema: "Mujer propia sabe a chayote"; "El que no puede para más con su mujer se acuesta", etcétera. Una preocupación básica del hombre será también el mostrar de algún modo "quién lleva los pantalones" en la casa. Elemento básico de este sistema de valores es también la característica protección excesiva del hijo y más aún si éste es varón.

Esta protección exagerada crea un sentimiento básico de inferioridad en el varón puertorriqueño, que la compensa en la afirmación machista. Apurando esto a su última conclusión, resulta que la necesidad del hombre puertorriqueño de portarse como un "macho" es una finalidad neurótica.

Alfred Adler, el gran psiquiatra vienés, ha señalado que los atributos del varón en nuestra sociedad occidental son símbolos de poder. Se tiene por masculino todo gesto que busca el poder. El hombre que rehuye la lucha por el poder, de acuerdo con este sistema de valores, es hallado en falta. En Puerto Rico el término "mujercita", por ejemplo, es un término oprobioso que denigra al varón. Según Adler, existen dos maneras generales de entendedérselas con los sentimientos de inferioridad. Una de ellas es la evasión (v. g., por enfermedad); la otra, la compensación —o sobrecompensación—, que se expresa en la lucha abierta por el poder, y que llega así a convertirse en el fin de una necesidad neurótica.

Lo que Adler describe de manera muy efectiva en su obra es la situación en que se encuentra el hombre en una cultura

de capitalismo agrario y comercial en la que existe una economía de prestigio. Estableció Adler con entera claridad, y esto lo destacamos por ser gran importancia en el caso que describimos, que los sentimientos de inferioridad de la mujer se relacionan con la posición que ésta ocupa en la sociedad en que vive. También observó agudamente Adler las consecuencias de que la mujer sea, en su papel de madre, la principal transmisora de la cultura al niño. El culto machista es justamente, como hemos sugerido, consecuencia de esta especial configuración, pues al identificarse subconscientemente el varón con la imagen masculina del poder, repudia aquellos valores que considera inferiores: lo femenino.⁵

Para terminar, queremos apuntar que el culto machista y su cohorte obligada, el culto de la virginidad, pierden terreno gradualmente allí donde la mujer alcanza a soltarse económicamente de su relación de dependencia del poder masculino. Las fuerzas económicas del capitalismo industrial, hoy operantes en nuestra sociedad, tienden a romper el viejo orden de la anterior economía de capitalismo agrario y comercial en que se ceban el culto machista y el culto de la virginidad.

⁵ Para una discusión penetrante de la posición de la mujer en la sociedad occidental, véase Simone de Beauvoir, *El Segundo Sexo*.